

BUSCADME EN GRANADA

DIARIO DE UN VIAJE

Teresa Pàmies

BUSCADME EN GRANADA

DIARIO DE UN VIAJE

Traducido del catalán por
Laura Villar García

**ESDRÚJULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, abril 2025

© Del texto Teresa Pàmies, 1984

© De la traducción Laura Villar García, 2025

© Esdrújula Ediciones, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Ana María Galindo

Diseño de portada: Anna Dąbrowska

Impresión: Centro Gráfico Digital

La traducción de esta obra ha contado con
una ayuda del Institut Ramon Llull

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 578-2025

ISBN: 979-13-990290-8-6

Impreso en España · Printed in Spain

A todos los granadinos y granadinas
que viven y trabajan en Cataluña.

T.P.

Granada fue edificada al pie de Sierra Nevada, sobre dos colinas separadas por un profundo valle, dando a la ciudad la forma de una granada entreabierta. De ahí le viene el nombre.

CHATEAUBRIAND

MARTES, PRIMERO DE ABRIL DE 1980

No conozco Andalucía y tengo sesenta años. Es hora ya de remediar esta falta, y no solo por razones culturales. He visto medio mundo en un largo exilio que se acabó hace diez años y, en cierto modo, el tópic andaluz me acompañó como algo que me venía de la tierra, aunque nunca fuera tan intenso como la añoranza por Cataluña.

A las nueve de la noche me instalo en uno de los ocho autocares de la RENFE que hoy parten en dirección a Málaga pasando por Granada, donde me pararé. Mañana empiezan las vacaciones de Semana Santa y Andalucía atrae a miles de catalanes, y no únicamente a los que nacieron allí. Más que unas vacaciones, parece una peregrinación.

La *Estació del Nord*, provisionalmente habilitada para autocares, es un hormiguero humano que trajina fardos, maletas y transistores. El transistor se ha convertido en el acompañante imprescindible del turista modesto.

Acerté comprando el billete con antelación, porque me asegura el asiento y me ahorro trescientas pesetas. A partir de hoy la tarifa aumenta a dos mil seiscientas, y ayer costaba dos mil trescientas; datos económicos para la crónica. Si no viajo en avión

no es principalmente porque cueste seis mil pesetas, sino por el deseo de conocer paisajes que desde las nubes no podría ver. No me ha tocado asiento con ventanilla y eso me obliga a sentarme con el codo en el pasillo. El pasajero de mi derecha es un hombre corpulento y bastante largo. Me tendré que encoger para dejarle el espacio que necesita. Me espera una noche incómoda, especialmente si, además de voluminoso, me sale roncador.

Con el compañero de un viaje largo se imponen las presentaciones. El rito se lleva a cabo en catalán y en español mientras los demás pasajeros buscan su asiento, refunfuñan si no les gusta y se aposentan al fin sin demasiado entusiasmo. Una vez instalados, se acaban los lamentos.

Mi vecino de asiento es un obrero granadino de Cornellá que aprovecha el tiempo libre laboral para visitar a su madre enferma que quedó en tierra, la tierra que él dejó hace seis años por razones estrictamente económicas. Antes de que el autocar haya salido de Barcelona el granadino ya duerme como un tronco, con la cabeza descansando en el cristal y las piernas extendidas bajo la butaca del pasajero delantero. No se despertará hasta Puerto Lumbreras. No cambiará su posición y no roncará. Es un trabajador físicamente cansado y acostumbrado a dormir en cualquier sitio, a cualquier hora. Lo miro fortuitamente y observo los efectos reparadores del reposo bien merecido. Y me da envidia.

El viaje me ilusiona y eso me ayuda a soportar las incomodidades de un autocar concebido para trayectos más cortos. En su diseño ha prevalecido el criterio económico: aprovechar cada milímetro de espacio en detrimento de la comodidad del viajero. Solamente el pasajero físicamente agotado puede amoldarse a él.

El autocar está lleno a rebosar. Un matrimonio con dos niñas se ha instalado al fondo, tan lejos de mi asiento que a duras penas oigo el chillido de la más pequeña y las tímidas recriminaciones de la madre. Si no duermo, no puedo atribuirlo al ruido. El motivo es otro: no tengo donde apoyar la mejilla. No dispongo de otro cojín que el respaldo de la butaca, que me obliga a dormir mirando al techo, y yo para dormir necesito estar de lado. A cierra ojos, noto un peso creciente en los párpados: el peso del insomnio. Intento rehuir las mil cábalas que incordian a mi cerebro. Envidio al obrero granadino que duerme como un niño a mi lado. Me pregunto si habrá votado este veinte de marzo y me gustaría saber a quién. Especulo sobre sus actividades cívicas en una sociedad catalana que también es la suya. Este tipo de divagaciones de carácter político me calman en la medida en que espantan las preocupaciones de índole personal que suelen angustiarnos.

Estamos en Valencia y no puedo abrir los ojos, cargados de sueño insatisfecho. Algunos pasajeros bajan a estirar sus piernas entumecidas. La madre de las dos niñas las saca a hacer pipí mientras les pide silencio. Me llegan destellos de luces exteriores y rumor de movimientos y voces, como si todo se diera en la lejanía. El peso en los párpados es tan profundo que no me permite moverlos. Sin embargo, relaja el saber que puedes quedarte sentada, con la cabeza descansando en el respaldo, los ojos cerrados, las manos en el regazo. No tengo necesidad de salir al frío que debe de morder ahí fuera, en este primero de abril de primavera anubarrada.

¿Primero de abril? Si se lo preguntara al reloj, me diría que ya estamos a miércoles, día 2.